

# **“El reto de ser joven en la frontera norte de México: Violencia, cuerpos y masculinidades”**

Avance de investigación en curso

Grupo de Trabajo N°22. Sociología de la Infancia y de la Juventud

María Eugenia de la O Martínez

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Unidad Occidente, Av.  
España 1359, Colonia Moderna, Guadalajara, Jalisco. Teléfono: 31228124, Correo electrónico:  
[mdelaov2@gmail.com](mailto:mdelaov2@gmail.com) y [mdelao@megared.net.mx](mailto:mdelao@megared.net.mx)

## **Resumen**

La intensa violencia en la frontera norte de México invita a evaluar su impacto en la población, principalmente en los jóvenes, quienes enfrentan condiciones de riesgo y alta vulnerabilidad. Éstos se han tornado en las víctimas visibles de la guerra contra el narcotráfico que emprendió el Estado mexicano hace casi un lustro, a lo que se suma condiciones de exclusión social y económica que prevalecen en el país desde hace varias décadas. En la ponencia se analiza el impacto de la violencia en los jóvenes de la ciudad de Matamoros, en el estado de Tamaulipas, mediante entrevistas realizadas a jóvenes obreros, el escrito concluye planteando la dificultad de estudiar las identidades juveniles en contextos violentos como lo es la frontera norte.

## **Jóvenes, violencia y masculinidades**

Al considerar la dimensión social, origen histórico y variaciones sustantivas sobre las formas de ser joven, nos estamos refiriendo a una categoría construida socialmente, producto de acuerdo social y creadora de mundo (Reguillo, 2000:24). Pero también rescatamos la importancia de las representaciones, adscripciones simbólicas y construcciones frente al poder para la comprensión de las identidades juveniles en contextos violentos (Valenzuela, 1997). Así como el reconocimiento de las teorías de las masculinidades para el estudio de las identidades juveniles (Kaufman, 1997; Connell, 2003; Kimmel, 1997; Fuller, 1997, 2001; Valdés y Olivarría, 1997,1998; Montesinos, 2002; Vendrell, 2002). En América Latina, esta perspectiva a permitido entender el significado de ser hombre mediante el registro de prácticas y representaciones masculinas dominantes en varios países de la región, inspirados en la tesis de la masculinidad hegemónica (Olivarría, 2005). De acuerdo con Olivarría (2005:51), el modelo de masculinidad dominante implica para los varones mostrarse fuertes, potentes, racionales, emocionalmente controlados, heterosexuales y proveedores de sus hogares, lo que para muchos jóvenes es una meta difícil de lograr, sobre todo en contextos de crisis económicas subsecuentes, como ocurre en Latinoamérica. Para algunos autores se trata de la “crisis de la masculinidad” (Kimmel, 1997; Fuller, 1997; Valdés y Olivarría, 1997, 1998) pero también de un significado heterogéneo, jerárquico y relativo al contexto sociocultural (Fuller 1997, 2001; Viveros 1998, 2002; Valdés y Olivarría 1998, Olivarría 2000 citado por Olivarría, 2005: 52).

Actualmente, el tema de los jóvenes y la violencia tiene relevancia frente a nuevos significados que éstos le han otorgado a los conflictos sociales, políticos y culturales contemporáneos, además de vivir intensamente su posición de riesgo ante la pobreza, los conflictos armados y el narcotráfico. Al respecto, la Organización Panamericana de la Salud (2006) planteo que los jóvenes no eran simples generadores de violencia sino víctimas en “riesgo social” y debían concebirse como “sujetos de derechos”. En su estudio Moro (2006:20) identificó vínculos entre la exclusión y la violencia entre las

diferentes juventudes, para lo cual distinguió una violencia institucional asociada con organizaciones públicas (policía, justicia penal, escuela) y una violencia fuera de la ley, como lo es el crimen organizado que intenta imponer sus reglas y propicia un ambiente signado por el miedo.

De esta forma, la exclusión social y la precariedad económica son elementos fundamentales para entender los procesos violentos que afectan a los jóvenes. Para Martín Hopenhayn (2006:30), la juventud es una categoría moderna con tiempo histórico cuyo tránsito a la adultez cada vez es más largo, tanto como su incorporación al mundo moderno del trabajo, de la educación, del consumo y la movilidad social. En este contexto, la violencia contribuyó a dar un giro al significado social del futuro por la falta de expectativas en los jóvenes. La exclusión es vivida por éstos como transgresión al subsistir a la violencia, el desempleo, la concentración del ingreso y la volatilidad económica de sus países.

Para Gonzalo Saraví (2006:116), la exclusión social de los jóvenes se observa en su tránsito a la adultez, lo que ilustra con la metáfora de los “eslabones de una cadena de desventajas”, en la que un eslabón relevante es la violencia que se manifiesta en aquellos jóvenes desvinculados de espacios institucionales y bajo riesgo de inserción en actividades al margen de la ley. Este autor recurrió al curso de vida para analizar los riesgos que enfrentan los jóvenes en su tránsito a la adultez e identificó condiciones de desventaja y exclusión institucional, lo que explica porque los espacios alternativos para éstos se dan en la calle, en el barrio y mediante grupos que les ofrecen cierta integración, pero al mismo tiempo, los hace objeto de criminalización en la sociedad (Saraví, 2006:117).

Asimismo, la violencia representa un patrón cultural de acción y de significación para los jóvenes, quienes la experimentan mediante rituales simbólicos y expresiones físicas intimidatorias. Rossana Reguillo (2008) analizó la articulación de la violencia con procesos de precarización material y subjetiva, y su impacto en los universos juveniles, lo que le permitió identificar tres claves para entender las violencias juveniles; la erosión de los imaginarios de futuro, el aumento de la precariedad estructural y subjetiva y la crisis de legitimidad política. Mediante un estudio etnográfico con jóvenes identificó el vínculo entre sus biografías con la violencia generada por el narcotráfico, así como distintos modos de violencia articulados y *transcodificados*, los que se importan y exportan a marcos de significado diferentes. Estos jóvenes se asocian al narcotráfico porque les representa un mecanismo de empoderamiento en contextos de dificultad para acceder al mercado formal de trabajo. El poder del narcotráfico radica en su capacidad de alterar y quebrantar distintos órdenes sociales y en establecer un orden paralelo con códigos, normas y rituales propios. De esta forma, las violencias juveniles se instalan justo en el vacío de legitimidad del Estado y en la ausencia de un proyecto colectivo de futuro. La violencia impregna el espacio público de los jóvenes a través del miedo y de la inscripción de las huellas del poder sobre sus cuerpos, aún estando muertos, como una extensión de su poderío. Reguillo (2012:45) ubica la brutalidad de estas violencias en el horizonte del capitalismo tardío, cuyo impacto es el agravamiento de la exclusión social y la expansión de lo que denomina “narcocultura”.

Para Valenzuela (2009; 2010; 2012:101), el *narcomundo* es un referente en la definición de los proyectos de vida de los jóvenes, quienes observan con desencanto el cierre de sus opciones de futuro. La pobreza, el desempleo, la precarización laboral, la deserción escolar, la inmovilidad social, la informalidad, la *paralegalidad* y la desigualdad en la distribución de la riqueza son elementos que oscurecen las alternativas de los jóvenes. En el crimen organizado, los jóvenes encuentran oportunidades a través del sicariato, el trasiego de drogas, de armas, el secuestro, el levantón, la cobranza u otras narcoactividades. Para este autor, la comprensión de las nuevas lógicas de acción social de los jóvenes es una tarea impostergable tanto como la búsqueda de su inserción a la sociedad. Valenzuela plantea la precocidad de vida en los jóvenes sicarios y la idea de no futuro en situaciones de vulnerabilidad al desaparecer las condiciones que daban certeza a los sujetos.

En estos contextos violentos, los jóvenes construyen su masculinidad bajo continuas e intensas transformaciones que los aleja de un modelo de identidad hegemónica masculina, es decir, proveedor

formal, heterosexual y con fortaleza emocional. Asimismo, la edad, la clase y el género parecen ser rasgos que potencian a los jóvenes como víctimas al ser jóvenes, pobres y varones, éstos encaran una conflictiva fusión de logro de poder, temor y deseo de constituirse en hombres pero en contextos violentos. Por ello, planteamos que la violencia genera distintas racionalidades en torno a la masculinidad, y nuevas prácticas que permiten a los jóvenes asegurar su vida mediante lealtades volátiles y adscripciones forzadas.

### **La guerra contra el narcotráfico y los daños colaterales**

La estrategia de guerra contra el narcotráfico en México inicio con el gobierno del presidente Felipe Calderón en 2006, que significó habilitar más de 50 000 militares y miles de policías federales en diversas ciudades del país. Para 2010, se calculaba un total de 592 018 muertes, de éstas, 257 mil fueron por homicidio, y los jóvenes varones entre 25 y 29 años, quienes presentaron las tasas más altas en los estados de Chihuahua, Sinaloa, Durango, Guerrero, Nayarit, Morelos y Tamaulipas (INEGI, 2012).

En los siguientes seis años aumentó la violencia asociada con la expansión del narcotráfico hacia diferentes zonas del país, lo que generó conflictos entre los cárteles existentes y los de nueva creación, a lo que se sumó la confrontación de los cárteles contra las fuerzas policiacas federales, estatales y el Ejército Mexicano. Entre diciembre de 2006 y julio de 2010, tuvieron lugar 28 000 homicidios de personas involucradas directa o indirectamente con el crimen organizado. Antes de este periodo, la violencia se localizaba en tres estados del norte del país —Baja California, Chihuahua y Sinaloa— pero entre 2009 y 2010, la violencia se expandió hacia el centro y el sur del país debido a la reorganización de los cárteles de la droga y la fortaleza que fue adquiriendo el grupo de Los Zetas.

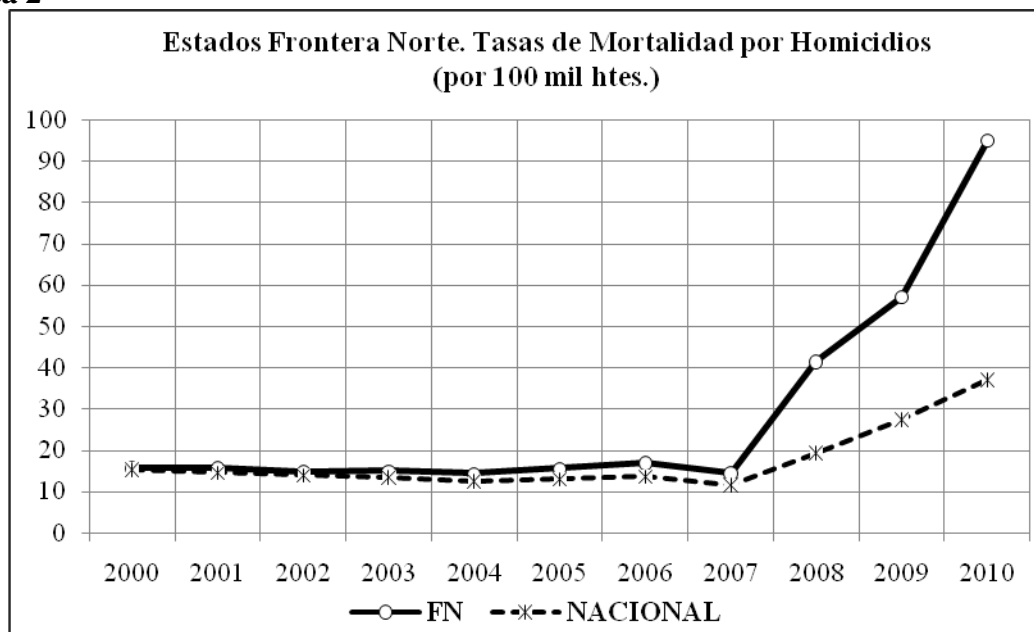
La política de seguridad pública de Felipe Calderón fue un intento por recuperar legitimidad de un estado de derecho deteriorado política y socialmente mediante operativos militares y el abatimiento de líderes del crimen organizado, a quienes se les imputó la muerte de 47 515 personas entre diciembre de 2006 y septiembre de 2011 (Presidencia de la República, 2011 citado por Morales, 2013:1).

En marzo de 2013, la Subsecretaría de Asuntos Jurídicos y Derechos Humanos dio a conocer la lista oficial de personas desaparecidas en el sexenio de Felipe Calderón; se reconoció más de 26 mil desaparecidos, en su mayoría jóvenes entre 12 y 30 años de edad. Y, el Registro Nacional de Personas Desaparecidas y Extraviadas reporto que se carecía de indicios sobre la vida de 6 mil 197 jóvenes de entre 18 y 30 años, y que de los 26 mil 121 desaparecidos registrados, 10 mil 199 eran mujeres y 15 mil 372 hombres (39% y 59% respectivamente). Y las entidades con mayor número de víctimas eran el Distrito Federal con 6 mil 486; el Estado de México con 2 mil 986; Tamaulipas con 2 mil 702; Jalisco 2 mil 230, y Guanajuato, con mil 535, en su mayoría se trataba de jóvenes. Al respecto, en febrero de 2013, Human Rights Watch denunció que las fuerzas mexicanas de seguridad habían tenido una participación importante sino directa en las miles de desapariciones de ciudadanos en 2006. Esta organización documentó 249 casos, en los que al menos 150 sugieren la participación de las fuerzas armadas del Estado especialmente en Baja California, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Zacatecas, Michoacán y Guerrero.

México es un país violento en donde se cometieron más de 22 millones de delitos con más de 18 millones de víctimas; uno de cada tres delincuentes tenía menos de 25 años y en la mitad de los delitos se utilizaron armas de procedencia ilegal, este perfil es más agudo en Nuevo León (40.5%), Sinaloa (40%) y Chihuahua (38.3%) (ENVIPE, 2012), los estados con mayores índices de mortalidad y mayor presencia del crimen organizado, del ejército y fuerzas policiacas. Si se observa, el comportamiento de las tasas de mortalidad por homicidios a nivel nacional con respecto a las tasas de los estados fronterizos, se identifica un claro repunte de los homicidios desde 2007 a nivel nacional, pero el promedio lo superan rápidamente las tasas de los estados fronterizos especialmente en el 2009

(Ver gráfica 2). La violencia asociada con el narcotráfico deja al descubierto un sistema de procuración de justicia ineficiente y corrupta, grandes disparidades económicas entre las regiones y sus pobladores y un segmento de población especialmente vulnerado en sus derechos como son los varones niños y jóvenes.

**Gráfica 2**

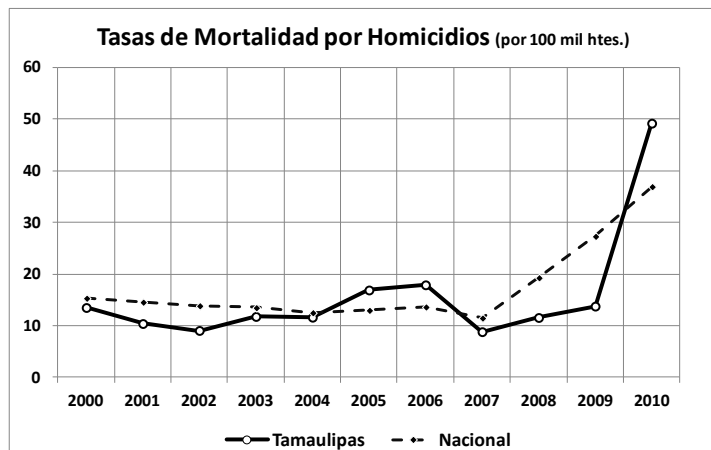


**Fuente: Elaboración propia con base en datos defunciones tomados de los Registros Administrativos de INEGI y estimaciones de población de CONAPO. Incluye Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.**

### Jóvenes, violencia y exclusión en Matamoros

Matamoros es una ciudad de contrastes lo que se refleja en sus colonias, viviendas y habitantes. En 2010, el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL, 2010) señaló que 225 188 matamorenses estaban en situación de pobreza patrimonial, es decir, no contaban con ingresos suficientes para adquirir la canasta alimentaria, comprar vestido, pagar vivienda, educación, transporte y realizar los pagos necesarios para el cuidado de su salud. Hoy, Matamoros es el segundo municipio más poblado del estado de Tamaulipas con 489 mil 193 habitantes (Censo de Población y Vivienda 2010) cuya edad media era de 26 años; de cada 100 personas entre 12 y 14 años 92 asistían a la escuela pero de cada 100 personas entre 15 y 24 años, sólo 39 permanecieron en la escuela, lo que indica una gran dificultad de los jóvenes para continuar con sus estudios (Censo de Población y Vivienda, 2010:53).

En este contexto, tanto la ciudad como el estado de Tamaulipas fue registrando lentamente el incremento de homicidios, especialmente en el grupo de edad de 15 a 39 años, que entre 2000 y 2010 pasó de una tasa de mortalidad por homicidios de 13.5 personas por cada 100 mil habitantes a una de 49.2 personas por cada cien mil habitantes. Si bien a nivel nacional el comportamiento de las tasas de mortalidad reflejó esta tendencia, en el estado el punto de inflexión fue en 2007 (Ver gráfica 3).



**Gráfica 3**

**Fuente:** Elaboración propia, con base en datos defunciones tomados de Registros Administrativos del INEGI y estimaciones de población de CONAPO.

Hoy los habitantes de Matamoros viven bajo una intensa violencia que se agravó en los últimos años y se ha extendido hacia numerosos municipios del estado. En gran medida esta violencia se atribuye a las acciones del Cártel del Golfo y de Los

Zetas, quienes se disputan el trasiego y distribución de droga, además del tráfico de armas y dinero, secuestros, extorsiones, cobro de piso, robos, trata de personas e incluso tráfico de órganos. (Crónica, 24 abril 2011).

La ciudad resiste la lucha entre los dos grupos delincuenciales y sus actividades, además de la militarización de la frontera y la injerencia de la Policía Federal. Lo que aunado a un contexto de precariedad laboral, deserción escolar y pobreza transgeneracional, ha afectado a cientos de jóvenes quienes han sido tocados por los negocios del narcotráfico, no sólo como sicarios sino también como “puchadores” o vendedores de droga al menudeo, piedreros, halcones o estacas. Estos jóvenes, casi niños, asumen el trabajo en la escala más baja de la jerarquía del narco, vigilan, trasladan drogan en su cuerpos, venden en las esquinas de barrios pobres, son choferes y cuando así se requiere, también torturan y matan. El narcotráfico así como otras formas de violencia se han instalado en la vida de estos jóvenes.

### **El reto de ser joven en Matamoros: Violencia, cuerpos y masculinidades**

En Matamoros se vive un estilo de vida asentado en el miedo, la inseguridad y el deterioro de la calidad de vida. Los jóvenes articulan sus biografías con la violencia que ha dejado el narcotráfico pero también con la que han vivido en su entorno familiar, en el trabajo y en el barrio. Por un lado, la violencia que ejerce el crimen organizado alteró el orden social al desgastar los símbolos institucionales y haber creado un orden paralelo con códigos, normas y rituales que rigen a la sociedad local. Por otro lado, la violencia también emana de los hogares de los jóvenes quienes han experimentado episodios de maltrato desde su infancia; al salir de sus viviendas y dirigirse al trabajo viven el disciplinamiento de sus cuerpos en la fábricas, lo que simboliza el costo de su inclusión laboral precaria; además de la violencia en el barrio, uno de los espacios más significativos del riesgo asociado con el narcotráfico, en donde los jóvenes son utilizados por la delincuencia organizada, extorsionados por las autoridades y criminalizados por los medios de comunicación.

Recorrer los barrios de Matamoros por la noche profundiza el sentimiento de inseguridad; sus habitantes saben en dónde están los puntos de venta de drogas, cuál es el paso de los consumidores potenciales y cómo operan las rondas de vigilancia al mando de jóvenes que suelen ser menores de 25 años, algunos casi niños, que se desempeñan como *estacas*, *halcones*, *tienderos*, *guardias*, *mañosos* o *piedreros* (Flores, 2010; Medina, 2010). Al respecto una joven expresa:

“[En Matamoros] no había tanta violencia, mucha droga en la calle no se veía, se escondían más, bueno, al menos yo nunca veía eso, pero ahora sí, ya lo veo donde quiera, en cualquier

calle, aquí por donde vivimos, en todas, y pues así vive uno con temor, no sabe uno cuándo habrá una balacera, una bala perdida “(obrero de la maquila, 28 años, Matamoros, Tamaulipas, junio de 2010).

Los padres de estos jóvenes saben el peligro que representa vivir en barrios populares, desde la posibilidad de que sus hijos se vuelvan adictos hasta que sean “levantados” por los “mañosos” (narcotraficantes) o se enrolen en algún grupo delictivo. En el barrio se sufre de constantes agresiones armadas, ya sea por el ejército, la policía o por los grupos asociados al narcotráfico. No es raro que muchas familias busquen refugio en la oferta religiosa de las varias iglesias presentes en Matamoros – pentecostales, bautistas, presbiterianos entre otros- como una estrategia para resguardar a los más niños de la violencia. También se incrementó las creencias hacia lo esotérico como un medio de sanación de los malestares que les produce el miedo cotidiano en sus cuerpos. En el centro de la ciudad se multiplicaron los establecimientos que ofrecen limpias, amuletos, protecciones y ofrendas para la Santa Muerte y para Chuy Malverde, protectores de víctimas y victimarios. Aún en la peligrosidad de los barrios, la casa es un refugio de la guerra que ocurre afuera, se sabe que no hay que dejarla a ciertas horas, que hay contar con suficientes víveres y que no se debe dormir cerca de puertas y ventanas (Flores, 2010; Medina, 2010). Una ex trabajadora de la maquila narraba al respecto:

“Yo pienso que aquí sí hay mucha inseguridad y sí corremos bastante peligro. Porque nada menos la semana pasada [hubo] una balacera bien grande aquí en la noche. Aquí nomás nos levantamos las niñas y nos metimos allá a ese cuarto, [...] mataron a no sé cuántas personas acá atrás, aquí pararon una camioneta, [eran] bastantes camiones con armas y se levantaron tres y se los llevaron” (ex obrera del Maquila, 52 años, Matamoros, Tamaulipas, junio de 2010).

“Andaba acá, limpiando mi casa con un trapeador, cuando oí que empezaron los balazos y que me meto corriendo y yo me tiré al piso (exobrero de la maquila ca-pr, 47 años, Matamoros, Tamaulipas, junio de 2010). [En Matamoros] no había tanta violencia, mucha droga en la calle no se veía, se escondían más, bueno, al menos yo nunca veía eso, pero ahora sí, ya lo veo donde quiera, en cualquier calle, aquí por donde vivimos, en todas, y pues así vive uno con temor, no sabe uno cuándo habrá una balacera, una bala perdida” (obrero de la maquila, 28 años, Matamoros, Tamaulipas, junio de 2010).

Los sábados por la noche es evidente la disminución de la vida nocturna de la ciudad, sólo unos restaurantes y discotecas están abiertos, muchos otros lugares están cerrados o fueron abandonados. No obstante, algunos jóvenes deciden divertirse en Brownsville si tienen la capacidad de hacerlo y otros deciden encarar los riesgos de salir a divertirse con la idea de que no pueden dejar de vivir por culpa de la violencia;

“los jóvenes se la *rifan* cuando van a la disco, porque hay mañosos homosexuales que andan jalando y si les gusta alguien lo pueden obligar a que baile o salga con ellos, si no, lo levantan” (Entrevista con jóvenes, Flores, 2010).

Las violencias de las que son objeto estos jóvenes, ya sea como víctimas o como victimarios, adquieren diversas dimensiones, especialmente para los varones. La centralidad del cuerpo en el orden capitalista contemporáneo hace de este uno de los principales espacios de la contradicción social y de significación del género; a través del cuerpo se provoca miedo al daño físico, al ultraje y al maltrato. Los jóvenes de Matamoros temen ser *tableados o levantados*, que su cuerpo sea torturado, sustraído o desaparecido. Estos jóvenes son mercancías con precio, víctimas circunstanciales y producto de un

sistema que los excluyó. Viven con desencanto la falta de seguridad, de oportunidades educativas y laborales y para muchos la violencia ha conformado sus biografías.

De esta forma, la violencia adquirió nuevos significados en la ciudad, la presencia del narcotráfico y de los militares, los cuerpos mutilados, expuestos y acompañados de mensajes constituyen una fuerte carga simbólica que les advierte lo que les puede ocurrir. La crueldad de la muerte no alcanza, se trata de destruir al enemigo a partir su cuerpo como un espacio de sufrimiento para advertir a otros de su fragilidad. El disciplinamiento del cuerpo en el mundo del narcotráfico se da mediante castigos como “*tablear*”, “*levantar*”, “*colgar*”, “*desmembrar*”, “*empozolar*”, “*encajuelar*”, “*entambar*”, “*encobijar*” para después desecharlo.

Pero el cuerpo también es fuente de placer y poder. Para algunos jóvenes entrevistados en Matamoros algunas de las prácticas homoeróticas que se observan entre muchachos se dan para obtener dinero y comparar drogas. Para ellos no se trata de homosexualidad sino de prácticas asociadas con las adicciones, con los “*putitos del barrio*” quienes pagan por cuerpos de jóvenes de adictos que necesitan dinero para seguir consumiendo (Flores, 2010). En los barrios se les llama “*chacalones*”, se trata de hombres y mujeres adultos que prefieren a los jóvenes para tener relaciones sexuales y recurren al consumo de estos jóvenes. También algunos miembros del narcotráfico conocidos como mañosos —ya sean homosexuales, heterosexuales o bisexuales— buscan apropiarse de sus cuerpos mediante levantones y probar con ellos su hombría frente a sus pares. Se trata de un modelo de masculinidad emanado de la cultura de la violencia que se ejerce mediante la manipulación del cuerpo subordinado. De una virilidad puesta a prueba pero que puede ser vulnerada si no se cuenta con poder. La violencia permite poseer al otro y hacer ejercicio del poder sobre su cuerpo, como explica Foucault (1987), se trata de la inscripción y exhibición de fuerzas dominantes sobre jóvenes varones pobres.

Asimismo, tanto el crimen organizado como las fuerzas del ejército requieren de “manos” para realizar tareas, lo que provoca la incorporación —voluntaria o forzada— de hombres jóvenes que representan cuerpos tan solo cuerpos desechables;

“Conocí lugares que les darían miedo: ver [...] cómo avientan a una persona a un pozo [...] cosas así, ver cómo tienen [en] lugares [encerrada] a la gente, ver lo que comen, los tienen encadenados, encuerados, así como animales. Son los que les dan levantones que los tienen así, no sé, pero yo con eso no me metía, nunca me metí a trabajar, pero los acompaño, que vamos a dejar una camioneta, de que está el jefe y te tenías que meter con ellos, no te puedes quedar afuera. Volteabas y mirabas todas las cosas. Hombres, mujeres, había de todo, jotos que les daban levantones por fastidiosos, huercos, juniors que tenían ahí también, de todo tenían, y de comer no se diga, les daban pura comida de marranos, pura revoltura, se la daban y se la comían, daba asco. También miraba cuando los tableaban, si te portabas mal te daban una tabliza...” (Obrero de la maquila, 20 años, Matamoros, Tamaulipas, 2010).

No hay que olvidar el sacrificio que ha hecho el Estado de sus jóvenes y las connotaciones políticas que implica este acto al permitir que los agresores actúen bajo impunidad. Se trata propiamente de “juenicidios” al existir culpa por omisión por parte del Estado (De León-Escribano, 2005: 2), en el mismo sentido que fueran entendidos los actos violentos contra la mujer por la Organización de las Naciones Unidas en 1994, al definirlos como feminicidios u homicidios realizados por razones de género.

Como se describió, el narcotráfico reclutan a menores para diferentes tareas —“*vigilantes*”, “*correos*”, “*cobradores*” o “*extorsionadores*”— pero un alto porcentaje será asesinado por sus vínculos con estos grupos. La incorporación de jóvenes a “*la Maña*”, el grupo de narcotráfico más conocido en Matamoros, es una respuesta a las condiciones precarias de vida que no permiten

vislumbrar a los jóvenes un futuro esperanzador; pero también se trata de autonomía y poder frente a otros varones aunque sea un hecho fugaz.

La vida Beto ilustra cómo se va articulando la biografía de un joven al narcotráfico y como se desarrollan estrategias para sobrellevar esta realidad violenta. Beto nació y creció en Matamoros como el mayor de cuatro hermanos era estudiante de un tecnológico por las mañanas y en las tardes trabajaba en una maquila. Pero a sus escasos 21 años ya se había empleado en numerosos oficios, a los ocho años empezó como vendedor de chicharrones después de cumplir con el horario de la escuela. Su mamá le compraba las botanas en el mercado y él iba con una canasta a venderlas de casa en casa en los barrios cercanos al suyo, al oriente de la ciudad. Esta actividad le permitió ganar dinero para comprar el material necesario para la escuela, pero sobre todo para “jugar en las maquinitas” y comprar refrescos, que eran lujos que el resto de sus amigos no podían darse siendo hijos de obreros.

A esta ocupación le siguió la de “cerillo” —empacador en supermercados— ayudante de albañil, panadero, mesero de cantina, encargado de una tortillería, de un ciber-café, podador de árboles en colonias ricas, lavador de autos y finalmente consiguió entrar a una maquiladora. Para Beto el trabajo representaba más que dinero y la forma de continuar con sus estudios, significaba independencia económica de sus padres y ostentar una posición superior frente a sus amigos de la colonia. Su temprana incorporación al mundo laboral estuvo acompañada de grandes responsabilidades como el cuidado de sus hermanos, hacerse cargo de algunos gastos del hogar y de su propia educación. Pero también implicó que desde su infancia estuviera en contacto con “muchachos grandes” que le llevaban cinco o seis años más, lo que le obligó a aprender a defenderse de peleas y le formó el carácter. Beto fue un estudiante inquieto al que sus profesores le tenían que “jalar las patillas” y sentar frente a los compañeros de su grupo para que pusiera atención en las clases pero logró finalizar con sus estudios de primaria, secundaria e iniciar su carrera técnica.

Fue en la escuela cuando Beto tuvo sus primeros contactos con el mundo del narcotráfico, en su secundaria le tocó introducir droga en su mochila cuando algunos hombres situados en la entrada de las escuelas de la colonia “agarraban a los huercos y les decían métete tanto”. Los maestros, según Beto, sabían lo que ocurría y también vendían la droga en el plantel y le daban cuenta a “los malandros”.

“Cuando llegué [a la secundaria] empezaron a introducir droga adentro, entonces nos agarraban y nos decían: “Mete tanto”, porque la vendían adentro, y maestros que vendían, vendían ahí, y la teníamos que meter y ya la metíamos nosotros y ya teníamos nuestro diez... Fue cuando aprendí a ponerme al tiro, a defenderme, a distinguir a la gente, quién es buena onda, quién es mala onda, y me di mis chingas bien dadas, ojos morados y todo. Allí aprendí a hacerme lo que soy, a defenderme de que nadie me hiciera y deshiciera conmigo” (obrero de la maquila 20 años, Matamoros, Tamaulipas, junio de 2010).

Por sus servicios “ganaba bien” pero a este joven le asustaba meter droga y le contó a su mamá lo que ocurría, quien decidió enviarlo a una escuela fuera del barrio. En su vecindario el consumo de drogas era un hecho común, y durante su adolescencia ya contaba con amigos que eran “marihuanos” y “piedreros”, es decir, no sólo consumían drogas sino que también se dedicaban al narcomenudeo o a prostituirse con varones de la colonia para solventar su consumo de droga. Beto se mantuvo cerca de estos amigos como una estrategia para protegerse con lo que evitaba ser hostigado en las calles de su barrio para que consumiera drogas o las vendiera.

A pesar de este ambiente en su barrio no se enganchó con las drogas, y el mismo afirmaba: “aquí a nadie se le obliga a drogarse”. No quería verse como ellos, era mejor acompañarlos pero mantenerse “limpio”. No obstante su convicción de evitar el consumo de estupefacientes no estuvo ajeno al mundo de “la maña”. Muchos de sus amigos tenían como principal fuente de ingresos la economía de la droga. Beto, por invitación de sus compañeros, eventualmente obtenía dinero extra



haciendo “trabajillos” acompañando a otros jóvenes a trasladar droga oculta en una camioneta de Matamoros a Reynosa, o simplemente ir con ellos a sus “jales” para que vieran que no tenía miedo. Además le ha permitido evitar problemas con “la maña” gracias a su discreción y cierta valentía, pues no se espanta con lo que ve ni con lo que cuentan “los mañosos”. Beto cuenta que en una ocasión entró con un amigo a una casa de seguridad en Matamoros donde tenían a varios “levantados” —secuestrados—. Se trataba de jóvenes, mujeres y adultos por los que se pedía rescate. Estaban en condiciones inhumanas:

“Daban hasta lástima, todos encadenados y comiendo porquería”. También había “mañosos” entre los secuestrados por robar mercancía al narco o hacer cosas indebidas dentro de los códigos establecidos, como alardear con el dinero del jefe o desobedecer órdenes. Estaban amarrados como animales, los alimentaban con algo que parecía revoltura para los puercos. Igualmente llegó a presenciar torturas a los llamados “tableados”, aquellos a los que se castiga golpeándolos en las piernas o los glúteos con maderos con clavos: “con un golpe te tiran, nomás se oye cómo se levanta el cuerito”.

Estos actos violentos no escandalizaban a Beto, quien llegó a sentirlos como parte de la vida en Matamoros, como el mismo afirmaba, “así es esto”. Para muchos de sus amigos era la única forma de obtener ingresos porque lo que ganan en sus empleos era insuficiente, no les alcanzaba para ropa, transporte, alimentos y manutención de sus familias, ya que muchos de ellos habían tenido hijos siendo adolescentes. Muchos se habían convertido en *halcones*, *menuderos*, vendedores de drogas en sus trabajos y escuelas, y con ello cubrían el costo de sus necesidades.

Para Beto, la vida debió de seguir a pesar de la violencia en Matamoros, él continuaba saliendo a los bailes los viernes o sábados, aunque más de alguna vez se encontró en situaciones de peligro, desde el robo de su vieja camioneta hasta ser retenido durante varias horas en retenes tanto oficiales como de los mañosos. Como muchos otros jóvenes de la frontera noreste, Beto pertenece a una generación que creció en un contexto de desigualdad y alta vulnerabilidad social y económica.

En Matamoros se han ido construyendo lo que podríamos denominar masculinidades circundantes de jóvenes en torno a la violencia, para el caso que se presenta no se trata de “niños sicarios” o “gorras brillosas”, que son los estereotipos más difundidos por los medios de comunicación, sino de jóvenes pobres de barrios urbanos populares ubicados en las jerarquías más bajas de las organizaciones delictivas. No son muchachos vestidos con ropas caras de lentejuela y pedrería, como se describen en las letras de las canciones del *movimiento alterado*, son jóvenes que han vivido una espiral de violencia a lo largo de sus vidas. El modelo de masculinidad en estos jóvenes se asocia con la valentía, la lealtad al grupo, la protección y el anhelo de poder para sobrevivir. Se desempeñan en las labores más bajas de la pirámide del narcotráfico y los ingresos que logran les permiten enfrentar el desempleo y la pobreza.

## Conclusiones

La actual violencia que se vive en México, en gran medida, está asociada con el crimen organizado y la militarización de varias regiones, lo que marcó un punto de inflexión que impactó sobre todo a los jóvenes. En esta ponencia abordamos el caso de los jóvenes de Matamoros, quienes viven en contextos violentos y enfrentan su condición masculina como elemento de vulnerabilidad. Durante la vida de estos jóvenes habitantes de barrios pobres se observa la experiencia de la violencia encarnada en sus cuerpos desde pequeños y ejercida por sus propias familias, en las escuelas, barrios y trabajos. Se trata de violencias entrelazadas en un amplio contexto de desigualdad social, discriminación y exclusión pero también de descrédito institucional.

La violencia como elemento de poder ha logrado fragilizar y fragmentar sociedades, el reto es profundizar en el conocimiento de cómo ésta afecta la vida de los jóvenes y cómo el Estado debe actuar para defender a sus jóvenes. Hay una multicausalidad en la explicación de la violencia en este país pero destaca la exclusión institucional, la pobreza, los bajos niveles educativos y la precariedad laboral. En estas condiciones es como se está construyendo un modelo de jóvenes vulnerables, quienes articulan sus proyectos de vida en torno a la sobrevivencia física por encima de sus expectativas de ser varones.

Actualmente por lo menos hay dos generaciones de jóvenes que crecieron bajo una violencia intensa, si no es que han sido torturados, desplazados o son hijos de padres desaparecidos en medio de una gran fractura social. Son jóvenes sin la capacidad de ejercer esta condición porque deben sobrevivir y transitar un sendero azaroso para descifrar qué es ser hombre, joven y pobre en contextos violentos. Finalmente cabe mencionar la urgencia de contar con información sobre el número de muertos, desaparecidos, torturados y desplazados en este país. Mientras no se reconozca su existencia mediante una contabilidad oficial, no se reconocerá la dimensión del impacto de la violencia en México. Por lo que se recurre a narrativas periodísticas que denuncia los hechos a los que se tienen acceso; a registros académicos y de organismos internacionales sobre los distintos fenómenos violentos; y a narrativas de orden cultural, construida principalmente por la literatura, el cine, la música y el arte, que han tenido un papel más relevante incluso que el propio Estado para conocer realidades locales, creencias comunitarias, lenguajes específicos y estéticas públicas. Esta diversidad de cifras y narrativas encara el conflicto de intereses, posturas políticas y propósitos diferenciados.

## Bibliografía

- Amigos de Tamaulipas. (2011). Los gorras brillosas: la seducción de la narcocultura. Tamaulipas. Disponible en: <http://amigosdetamaulipas2.mforos.com/1817565/9613679-los-gorras-brillosas-la-seducion-de-la-narco-cultura>.
- Madrigal Blancas, D. (2011). “Cárteles de la droga controlan al menos el 40 por ciento del territorio tamaulipeco, de acuerdo con datos de las Secretarías de la Defensa Nacional y de la Marina”, Crónica, 24 de abril. Disponible en: <http://www.cronica.com.mx/notas/2011/574464.html>
- Castillo, G. y Torres, A. (2003). “La historia del cártel del Golfo” en *La Jornada*, sábado 15 de marzo.
- CIDAD. (2009). *Índice de Incidencia Delictiva y Violencia*. Disponible en: [http://www.cidac.org/esp/uploads/1/\\_ndice\\_de\\_Incidencia\\_Delictiva\\_y\\_Violencia\\_2009\\_PDF.pdf](http://www.cidac.org/esp/uploads/1/_ndice_de_Incidencia_Delictiva_y_Violencia_2009_PDF.pdf)
- Connell, R.W. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG-UNAM.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). (2010). *Informe de pobreza multidimensional en México*. México: Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social.
- Cruz, S. (2006). Cuerpo, masculinidad y jóvenes. *Voces y Contextos*, I (I).1-9. Disponible en: <http://www.uia.mx/actividades/publicaciones/iberoforum/1/pdf/cruz.pdf>
- De la O, M.E. (2011). *Los hombres de la maquila: entre la desfeminización y la masculinización del trabajo. Informe Proyecto de Investigación*. Guadalajara: CONACYT-CIESAS.
- De León-Escribano, C. R. (2008). Violencia y género en América Latina. *Pensamiento Iberoamericano*, 54(2), 71-91.
- Durin, Séverine (2013). “Los desplazados por la guerra contra el crimen organizado en México. Reconocer, diagnosticar y atender” en *El desplazamiento interno forzado en México. Un acercamiento*

- para su análisis y reflexión, Óscar Torrens Coord., CIESAS, CONAPRED, Senado de la República, México, Mimeo.
- Durstun, J. (1998). Juventud rural en América Latina: Reduciendo la invisibilidad. En J. A. Padilla (Coord.). *La construcción de lo juvenil. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud*. México: Causa Joven.
- Encuesta Nacional de Juventud (2010). Estadísticas sobre la juventud en Tamaulipas. México: IMJUEVE.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel
- Flores, A. L. (2010). Diario de campo, Matamoros 24 de junio. En M.E. de la O *Los hombres de la maquila: entre la desfeminización y la masculinización del trabajo. Informe Proyecto de Investigación*. Guadalajara: CONACYT-CIESAS.
- Foucault, M. (1987). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Fuller, N. (1997). *Identidades Masculinas. Varones de la Clase Media en el Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias*, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gama, F. (2002). Mexican pride: Retratos de la vida loca. En A. Nateras (Coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- Gayet, C., et al. (2007). *Prácticas sexuales de las poblaciones vulnerables a la epidemia de VIH/sida en México*. México: CENSIDA/FLACSO.
- Gobierno del Estado de Tamaulipas (2011). *Plan Municipal de Desarrollo 2011-2013 del Municipio de Matamoros*, Tamaulipas.
- González-Pérez, G.J, Vega-López, M. G., Cabrera-Pivaral, C.E., Vega-López, A., Muñoz de la Torre, A. (2012). “Mortalidad por homicidios en México: tendencias, variaciones socio-geográficas y factores asociados” en *Revista Ciência & Saúde Coletiva*, 17(12):3195-3208.
- Hopenhayn, M. (2006). La juventud latinoamericana en sus tensiones y sus violencias. En
- Moro, Javier (Ed.). *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas* (p. 29-53). Guatemala: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Human Rights Watch (2013). “Los Desaparecidos de México. El persistente costo de una crisis ignorada”, Febrero EUA.
- International Displacement Monitoring Centre. (2010). “Mexico: Limited response to displacement following local and regional conflicts”. Disponible en: <http://www.internal-displacement.org/publications/global-overview-2010-americas-mexico.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2012). *Estadísticas a propósito del día internacional de la no violencia*, México: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2012). Encuesta Nacional de Victimización y Percepción de la Inseguridad Pública (ENVIPE) México: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2010). Principales resultados del Censo de Población y Vivienda, México: INEGI.

- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2010). Censo de Población y Vivienda. *Panorama Sociodemográfico de Tamaulipas*, México: INEGI.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2005). *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo*. México: INEGI.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.). *Masculinidades. Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional Ediciones de las Mujeres N°24.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.). *Masculinidades. Poder y crisis*. (pp.49-61). Santiago de Chile: Isis Internacional Ediciones de las Mujeres N° 24.
- Kimmel, M., Hearn, J. y Connell, R.W. (2005). *Men and Masculinities*, Estados Unidos: Sage Ediciones.
- Medina, N. E. (2010). Diario de campo en Matamoros 24 de junio Matamoros. En M.E. de la O *Los hombres de la maquila: entre la defeminización y la masculinización del trabajo. Informe Proyecto de Investigación*. Guadalajara: CONACYT-CIESAS.
- Montesinos, R. (2002). Masculinidad y juventud. La identidad genérica y sus conflictos. En A. Nateras (Coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- Morales, M. (2013). "Factores que explicaron los niveles de homicidios y fallecimientos por rivalidad delincencial entre 2007 y 2010 en México" En *Coyuntura Demográfica* no. 3, 17-22.
- Moro, J. (Comp.) (2006). *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas*. (18-25). Guatemala: Banco Interamericano de Desarrollo.
- (2006). Exclusiones y violencias, las juventudes en la mira. Una introducción. En J. Moro (Comp.) (2006). *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas*. (18-25). Guatemala: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Olivarría, J. (2000). Ser padre en Santiago. En N. Fuller, Norma (Ed.). *Paternidades en América Latina*. (129-173). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- (2005). La masculinidad y los jóvenes adolescentes. *Revista Docencia* 27,46-55.
- Organización Panamericana de la Salud. (2006). *Estado del arte de los programas de prevención de la violencia en jóvenes*. Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo.
- PARAMETRÍA. (2011). "México y sus desplazados", mayo.
- Pérez Islas J. A. y E. Maldonado (Coords.). (1996). *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México 1986-1996* (2 tomos). México: Causa Joven-CIEJ.
- Ravelo, R. (2009). Osiel vida y tragedia de un capo, México: Grijalbo-Mondadori.
- Red por los Derechos de la Infancia en México (REDIM). (2011). *Infancia y conflicto armado en México. Informe alternativo sobre el Protocolo Facultativo de la Convención de los Derechos del Niño Relativo a la Participación de Niños en los Conflictos Armados*. México: Red por los Derechos de la Infancia en México.
- Reguillo, R. (1997). Culturas Juveniles. Producir la identidad: un mapa de interacciones. *Revista de Estudios sobre Juventud*. Causa Joven-CIEJ. 2 (5) 12-31.
- (2000). Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda. En G. Medina (Comp.). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México.

- (2008). Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el desencanto. *Pensamiento iberoamericano* (3) 205-225.
- (2012). De las violencias: caligrafía y gramática del horror. *Revista Desacatos*. (40) 33-46.
- Rodríguez, G. (2000). Sexualidad juvenil. En J. A. Pérez Islas (Coord.). *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. Investigación sobre juventud en México 1986-1999*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Saraví, G. (2006). Los eslabones de la violencia juvenil: acumulación de desventajas en la transición a la adultez. En J. Moro (Comp.). *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas*. (pp. 89-124). Guatemala: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Stratford, Global Intelligence. (2011). *Mexican Drug Wars Update: Targeting the Most Violent Cartels*. Disponible en <http://www.stratfor.com>.
- (2013) El nuevo mapa del narcotráfico en México (Stratfor).
- Trans-borderinstitute. (2010). Drug Violence in Mexico. Data Analysis from 2001-2009. Disponible en <http://goo.gl/YR9g4>
- Valdés, T. y Olavarría, J. (1997). *Masculinidades, Poder y crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO-Chile.
- (1998). *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Valenzuela, José Manuel. (1997). Culturas juveniles. Identidades transitorias. *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud*. Causa Joven-CIEJ. (1) 3 12-35.
- (1998). *El color de las sombras chicanos, identidad y racismo*. México: Plaza y Valdés/ El Colegio de la Frontera Norte.
- y Gloria González. (1999). *Oye Como va. Recuento del rock tijuanense*, México: Instituto Mexicano de la Juventud-CIEJ.
- (2007). *Las Maras identidades juveniles al límite*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de los jóvenes en la modernidad*. México: El Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos.
- (2010). *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- (2012). Narcocultura, violencia y ciencias socioantropológicas. *Revista Desacatos* núm. 38, 95-102.
- Vendrell, Joan. (2002). Masculinidades juveniles. En A. Nateras (Coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM/Porrúa.
- “Surgen tres nuevos carteles con desertores de otras organizaciones” <http://www.proceso.com.mx/?p=333901>, consultado 17 de marzo de 2013.
- “El Coss” mandó matar a candidato del PRI: PGR” en <http://www.animalpolitico.com/2012/09/el-coss-ordeno-el-asesinato-de-rodolfo-torre-cantu-pgr/#ixzz2Ozrfhyh> , consultado 29 de marzo de 2013.